

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUPIÁÑEZ

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO ENRIQUE

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 13 DE DICIEMBRE DE 2004

GRANADA

MMIV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr- 1972/2004
I.S.B.N.: 84-933672-1-4

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUPIÁÑEZ

Silene y Ánade: dos colecciones poéticas
granadinas de los años setenta

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras, señores, amigos todos:

QUIENES me conocen me han oído repetir con frecuencia que tengo el corazón repartido entre las dos Andalucías: la de los occidentes, en la que vi la luz, y esta otra oriental que es la patria de mis mayores. Es por ello por lo que he elegido hablar de un tema que afecta a ambas, pero especialmente a esta última, porque es mi deseo aprovechar la solemnidad de este acto para rendir homenaje a la poesía granadina y a sus poetas, que desde aquí la han cultivado y renovado, aportando con ello su manera particular de entender la herencia de una tradición ejemplar y la magia de un territorio que los identifica y los singulariza, en el panorama de la poesía española contemporánea. Y al hacerlo quiero también dedicar estas palabras, de manera especialmente sentida, a la memoria de nuestro amigo y maestro el artista y escritor Francisco Izquierdo, miembro insigne de esta Academia de Buenas Letras, a quien acabamos de perder en esta hora en la que redacto las páginas que ahora os leo. A él que, aparte de ser un creador admirado por todos en muchos campos de la Literatura y el Arte, tanto sabía de ediciones y colecciones literarias y tanto nos enseñó con su reinvención permanente del diseño, terreno en el que fue y es un referente inexcusable para la historia reciente de las ediciones granadinas.

Diffícilmente un escritor puede dejar de relacionarse con mayor o menor intensidad con el mundo de la imprenta. Es su medio natural de darse a conocer, aunque ahora existan

otras opciones. El libro inédito, el manuscrito siempre lleva en sí mismo el proyecto, el germen, el sueño de la edición impresa. De ahí que casi todos los autores hayan mantenido una vinculación, un compromiso, con ese entramado de las colecciones literarias, y se hayan interesado por cuestiones como la tipografía, las calidades del papel, la encuadernación, o la distribución de las obras. Raro es el artista que no ha cultivado amiganzas o diferencias con imprentas y editoriales, con librereros y encuadernadores, con ilustradores y distribuidores. Casi me atrevería a afirmar que todo esto acompaña, de un modo u otro, al proceso de la escritura, convirtiéndose en parte significativa del mismo, en tanto que una edición cuidada y exigente, otorga carta de naturaleza a lo que hasta ese momento no ha sido sino un puñado de hojas mecanografiadas o manuscritas.

Quiso el azar que a mí me tocara vivir esta experiencia aquí en Granada, cuando en 1974 me afiqué en la ciudad para seguir estudios de Filosofía y Letras en su Universidad. Viví entonces muy de cerca la aventura de fundar y codirigir *Silene* en sus años iniciales, una colección poética, cuyo primer cuarto de siglo celebramos en marzo del 2000, a través de una serie de actos promovidos por el Secretariado de Extensión Universitaria de la Universidad granadina. Tuve ocasión entonces de evocar algunos recuerdos de aquel periodo apasionante de tránsito, en el que España salía de la larga noche del franquismo y se encaminaba hacia la conquista de esta otra realidad democrática que nos dimos los españoles. Año clave pues, el de 1975, en el que vio la luz el primero de sus títulos, para marcar un nuevo proyecto editorial que traería consigo otra manera de entender la poesía y

de apostar, consiguientemente, por otros valores estéticos, muy instalados en la cultura mediterránea, aunque menos visibles en aquellos tiempos de reivindicación y de urgencia revolucionaria.

El esquematismo al que suelen reducirse los análisis de estos fenómenos culturales hizo que *Silene* se asociara casi de forma exclusiva a unos fundamentos esencialmente esteticizantes, si bien la empresa aspiraba de un modo más ambicioso a dejar constancia de otros intereses. Claro que el reclamo de lo estético era una apuesta más que decidida y asumida, pero no lo era menos la conciencia de defender una ética de corte humanista, o el compromiso con la palabra y con el legado de unas tradiciones que habían quedado un tanto postergadas. Góngora o Juan Ramón, Valle Inclán o Rubén Darío, Cernuda o Aleixandre eran nombres provocadores en medio de aquel sentimiento tan extendido, de fuerte compromiso, que primaba el componente ideológico e instrumental del poema, en detrimento de sus valores formales y más puramente literarios. En todo caso aquel esteticismo lo fue combativo en tanto que aspiraba a una doble militancia: la de la Literatura en libertad y la de la libertad en la Literatura.

Impulsada por José Ortega la colección surgió al vago amparo de la Universidad, que ofrecía su pie editorial y poco más. El nombre lo elegimos una tarde, entre varios posibles. Optamos finalmente por el de *Silene*, el de una florecilla autóctona que al parecer sólo se da en Sierra Nevada, y que se convirtió así para nosotros en el primer símbolo expresivo. Suponía una apuesta por la sencillez, por la pureza, por la desnudez de estirpe juanramoniana, y suponía también la

identificación con un territorio, a lo que se añadía además otra referencia indirecta y era la proximidad con lo nocturnal, porque Selene no quedaba muy lejos. El símbolo siguiente fue el de una Ceres que porta en sus brazos, en lugar de un manojito de espigas, las flores que dan nombre a la colección. La figura la dibujó José Ortega, sirviéndose del motivo de unos frescos pompeyanos. Esa figurilla de espaldas que ofrece una flor se mantuvo como logotipo de las distintas series y persiste todavía como el elemento que la identifica. El gran formato de 24,5 por 17 centímetros constituyó otra sorpresa, puesto que rompía con los tamaños al uso de las ediciones poéticas, si exceptuamos las publicaciones de *Ínsula*. A ello se unía el tipo de papel de buen gramaje y el cuidado de notas y colofones, así como la decisión de que los libros fueran ilustrados por artistas y pintores diferentes.

La permanente recurrencia al arte ha quedado puesta de manifiesto con la colaboración de excelentes creadores. La pasada muestra de las obras de estos pintores, en la Corrala de Santiago, con motivo de la celebración del XXV aniversario de *Silene*, ha servido para acercarnos más a sus propuestas y lenguajes particulares, tras estas dos décadas y media. Aunque lamentablemente algunos de ellos ya no están entre nosotros, como es el caso de Juan Pedro del Águila o Julio Espadafor, sus obras permanecen y los representan, junto a las del propio Ortega, Isabel Matamala, Joaquín Villegas Forero, Claudio Sánchez Muros, Díaz Pardo y Juan Vida. Todos ellos forman la nómina de artistas plásticos que fueron sumando con su arte un interés añadido a las entregas de los poetas. No cabe duda de que su aportación contribuyó a conformar esa idea de colección escogida, de serie exquisi-

ta, que fue poco a poco ganando adeptos y calando en el ánimo de lectores e interesados. Los comentarios de la recepción de los libros ponderaban este extremo. Entre todos ellos quizá fue Bernardo Delgado quien más se acercó a determinar la verdadera intención de nuestros propósitos cuando ubicaba la colección en la mejor tradición andaluza, que parte de Manuel Altolaguirre y tiene en Ángel Caffarena y en las ediciones de *Veleta al Sur*, sus referentes más próximos.

Y los poetas: porque la nómina también trajo consigo importantes novedades. En primer lugar una apuesta por las voces de autores jóvenes, que alternaban con los de la generación anterior. A mí me cupo el honor de abrir con mi primer libro aquella aventura, pero con la mía llegaron las de José Gutiérrez, que se incorporó al proyecto más tarde y lo ha continuado en colaboración con Ortega hasta hoy en día; la de Francisco Bejarano o Julio Herranz. Los cuatro nos dimos a conocer a través de esta colección, que se fue nutriendo con importantes libros de Antonio Carvajal, Narzeo Antino, Fernando Adam o Juan de Loxa. Otros autores jóvenes que ya habían publicado alguna obra antes, también se sumaron a lo que iba convirtiéndose en una realidad más que gozosa y así lo fue en los casos de Manuel Carrasco Mercado y de Rafael Juárez. Mención aparte merecen los números especiales que recogen la poesía reunida de Elena Martín Vivaldi y de Pablo del Águila, importantes acontecimientos dentro del ámbito de las publicaciones granadinas.

Pero lo mejor de todo es que *Silene* sigue viva, sigue su actividad, aunque sea de forma intermitente. Y es por ello que otros nombres se han unido a los que acabo de enumerar.

Me refiero a poetas como Carmelo Sánchez Muros, José Rienda o Alberto Maqueda, en un nuevo ejemplo de alterancia de generaciones. La colección se ha abierto a nuevas series: la serie *Minor*, que empezó a consolidarse más tardíamente; una de narrativa (*Silene Fábula*) con un primer libro de Antonio Muñoz Molina, y otra de ensayo. Pero yo ya no he vivido tan directamente esta evolución. Tal y como he declarado en otro momento a mí me tocó participar en la puesta en marcha, en el despegue de esta gran aventura, de esta gran apuesta que ha marcado, sin duda, la historia reciente de la poesía en Granada. Diseminadas en artículos y reseñas de los distintos libros están las apreciaciones de la crítica sobre las novedades de *Silene*. De forma más íntima o personal se han expresado también sobre la colección grandes maestros, en cartas privadas a los autores. La exposición bibliográfica en la Biblioteca del Hospital Real ha revelado hasta qué punto llegó a valorarse la aparición de estos libros por escritores y críticos de primera fila, que lo expresaron de forma particular a los poetas o trasladaron sus impresiones a reseñas y comentarios en distintos medios.

Algunas de estas valoraciones concebían a los poetas que habían publicado en la colección como integrantes de una escuela, o de un colectivo, lo que en puridad nunca fue cierto. Aunque sí es verdad que se extendió esa visión de grupo, o de tendencia. El maestro Jorge Guillén decía a este respecto, refiriéndose a los autores: “Los jóvenes poetas de Granada están formando ya como una Escuela de Juventud, que funde amor y jardín en una poesía de intensa mocedad: *Et l’amertume est douce, et le sprit clair...*”. Y en esa misma línea de lectura, es decir, partiendo de una visión colectiva,

se expresaba Emilio Miró, que fue siempre un atento seguidor crítico, desde su sección de *Ínsula*, de la evolución de *Silene*. A los dos años de su recorrido y a modo de balance Miró afirmaba que *Silene*: "...ha traído el caudal más puramente lírico, más inequívocamente estético; la palabra brillante, sensual, y la riqueza imaginativa y metafórica; el temblor emotivo y la exaltación pasional".

Partiendo de la idea de que *Silene* nunca fue un colectivo, sí hay que reconocer, no obstante, una serie de coincidencias de diverso signo, que justifican el que algunos pudieran pensar en ese aire común de grupo literario: un agudo sentido de lo estético, que inducía a creer que quienes allí publicaban sus libros eran poetas decididamente esteticistas; un cierto granadinismo que se amplía a interés por lo andaluz o, en un sentido más amplio, a una suerte de ensueño del Sur, de un Sur arcádico, como muy bien supo ver Enrique Molina Campos quien destacaba: "Un elemento hay que hacer notar en los poetas de *Silene*: su vinculación, vital y poética, al Sur. Andaluces todos ellos, no sólo están unidos por la contemplación activa del paisaje sureño, sino que, además, unánimemente, confieren a éste o bien valor de símbolo del perdido paraíso de la infancia, o bien calidad de ámbito del voluntario exilio". También se aprecia una mayor insistencia en lo elegíaco, como herencia de las lecturas de románticos y simbolistas, que marcan los itinerarios individuales de muchos de sus autores, quienes alternan estas preferencias con el interés por la tradición clásica grecolatina y el barroco español, sin que ello suponga desdén por las vanguardias. Y es que *Silene* trajo un aire nuevo en el que se funden tradición y modernidad y una identificación no disimulada con la cultu-

ra mediterránea, y con los valores que la sustentan: luminosidad, pasión, belleza, sensualidad, hedonismo.

La mayor contrariedad a lo largo de todo este tiempo ha sido la difusión de los libros. Al tratarse de ediciones de corta tirada, la distribución ha sido muy escasa. Prácticamente se ha limitado al ámbito local y a contadas librerías andaluzas. Esto ha conferido a la serie una aureola de colección secreta, que no ha tenido la repercusión de otras colecciones amparadas por sistemas más decididamente comerciales. Los libros han venido siendo repartidos de manera individual por los autores mediante la correspondencia privada y nunca pudieron competir con las editoriales de ámbito nacional. A pesar de estos inconvenientes la colección se impuso como referente y son pocos los lectores de poesía que no la identifiquen con Granada y con esa tradición impresora que había tenido en *La nube y el ciprés* o en *Veleta al Sur*, sus antecedentes más preclaros, si bien se la identificaba más comúnmente como la alternativa granadina de las ediciones malagueñas... Pero *Silene* vive, como he referido antes, y prosigue su andadura con voces nuevas y con nuevas propuestas. Es menester seguir atentos a los proyectos que irán enriqueciendo su catálogo de autores, sabedores ya de que tras más de un cuarto de siglo de andadura, constituye uno de los mejores activos de la cultura granadina y andaluza de hoy.

En 1978, es decir, tres años después de la fundación de *Silene*, y todavía dentro de esa atmósfera de inquietud universitaria, surgió otra colección poética, deudora en parte de *Silene*, aunque con planteamientos editoriales distintos y con una pretensión de lograr un alcance mayor, que rompiera las

barreras del entorno local y que la proyectara cuando menos al ámbito español e hispanoamericano. Me refiero a la Colección *Ánade*. En sus inicios fue un proyecto que llevamos a cabo un grupo de estudiantes de la Universidad de Granada, de forma absolutamente independiente y de manera totalmente altruista. Queríamos poner en marcha esta otra aventura que perduraría en el tiempo a lo largo de dos décadas y que se ramificaría posteriormente en varias colecciones de diverso signo dejando un legado de casi un centenar de obras publicadas, si bien la serie poética sólo alcanzó a llegar hasta el número 46. Antonio Ubago, Ángel Moyano y yo compartíamos el deseo de lanzar una serie literaria que pusimos en marcha gracias al entusiasmo y al esfuerzo desinteresado de todos. Bromeábamos un día sobre el célebre soneto “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje” del mexicano Enrique González Martínez y, en especial, sobre la repercusión que logró, hasta el punto de que muchos vieron en él una especie de manifiesto antimodernista y fue de esta manera como ideamos nombrar a nuestra colección *Ánade*. Había en esta elección una especie de protesta escondida contra los reparos del mexicano, pero que se sustentaba de esta forma más castiza, con el recurso a las anátidas; si no cisnes, patos, al menos, nos decíamos, para que nadie pudiera acusarnos de elegir símbolos demasiado elitistas. Antonio Ubago se convirtió en el editor, Ángel Moyano se ocupaba de la administración y yo asumí la dirección editorial, acompañado en los primeros compases por José Gutiérrez, que tras la publicación de los títulos iniciales, se apartó y siguió trabajando con Ortega en *Silene*.

Conseguimos un gran número de suscriptores gracias a una intensísima labor epistolar y pudimos así llevar a la

imprensa los cuatro primeros libros, todos de poetas jóvenes. Esto fue posible mayormente por el apoyo de las suscripciones de honor, que suponían una aportación considerable a cambio de recibir los ejemplares con numeración especial, dedicados y firmados por los autores. Claudio Sánchez Muros diseñó la viñeta en la que un angelote sostenía una plumilla de grandes proporciones, bajo la cual aparecía el nombre de *Ánade*. A diferencia de las ediciones de *Silene*, elegimos cartulinas de distintos colores para las portadas, optamos por un formato más reducido (13,5 x 21 cms.) y buscamos los mejores precios en las imprentas de los alrededores de Granada. El vasco Julián Juberías fue nuestro Maestro impresor durante mucho tiempo (tal y como se indica en los colofones) y en su primera imprenta, los Talleres Arte, de la calle Prieto Moreno de Maracena, se lanzaron una gran cantidad de títulos de la serie. Por lo demás mi propio domicilio de la Avenida de Cervantes sirvió, en un primer momento, como sede editorial. Allí almacenábamos los libros y allí dispusimos de mesas de montaje, puesto que la confección material de los textos la resolvíamos nosotros mismos.

Eran años de ilusión en los que no nos importaba trabajar muchas más horas de las razonables, que empleábamos en atender la copiosa correspondencia, en preparar paquetes y envíos a librerías y distribuidores, y en ir programando los nuevos títulos, que dábamos a conocer mediante carteles de propaganda cuyo diseño también corría de nuestra cuenta. Pero para difundir convenientemente el proyecto editorial que teníamos entre manos decidimos presentar los libros en Madrid. Tras dejar en depósito los primeros ejemplares por las librerías granadinas, en los meses finales de 1978, y hacer

lo propio con las más importantes de las capitales andaluzas, concertamos con la Galería Durán de Madrid la presentación de la nueva serie, que contaba hasta el momento con los libros de Antonio Abad, *El ovillo de Ariadna*; Fernando Adam, *Cuerpo de amor*; José Gutiérrez, *El cerco de la luz*, y mi segunda entrega *Río solar*. Queríamos que el lanzamiento del nuevo proyecto diera sensación de obra en marcha. Por eso descartamos aparecer con un solo título y se lanzaron los cuatro juntos.

La presentación oficial de la colección *Ánade* se llevó a cabo, como digo, en la Galería Ramón Durán, sita en la Calle Villanueva, número 35, de Madrid. El acto corrió a cargo de Luis Suñén, porque Jaime Siles, que también debía participar no pudo acudir. Tras sus palabras leímos nuestros versos los poetas. Fue una noche memorable. Se dieron cita allí numerosos escritores, entre los que recuerdo a Luis Antonio de Villena y a Álvaro Pombo que hacía poco acababa de llegar de Inglaterra. Estaba previsto también que acudiera Miguel Fernández, quien finalmente tuvo problemas para desplazarse desde Melilla. El acto despertó el interés de los medios y hasta entramos en directo con una pequeña entrevista que me hicieron, en el informativo de Radio Nacional de España. Así comenzó esta otra aventura que se prolongaría por espacio de dos décadas, y que mantuvo el fuego encendido de la otra poesía en Granada, porque ya empezaban por aquellas fechas a formarse banderías que, andando el tiempo, radicalizarían sus posturas.

Sí otra poesía, como la que habíamos defendido en *Silene*, mediterránea, sensual, atenta a la palabra hermosa, elegíaca

y honda, juvenil y ávida de interpretar lo circundante, o de penetrar en el lado misterioso de la realidad, que parecía proscrito ante la avalancha de lo cotidiano y de lo obvio. Nosotros hablábamos de un *avivamiento* poético, pero nunca tuvimos intención de romper con las tradiciones precedentes. Nos interesaba el Barroco y el Modernismo, cuyos mejores logros teníamos la sensación de que se nos habían hurtado. Sí nos cansaba, es cierto, la poesía de circunstancias, la literatura abiertamente constreñida por las ideologías, ese entendimiento del compromiso, que se olvidaba del compromiso primero con la exigencia de la obra bien hecha. Quizá por ello nos sentíamos más cercanos a los escritores de la promoción del sesenta, la llamada *generación del lenguaje*, en los que veíamos cumplido ese afán de búsqueda. Incluso entendíamos que en ellos, en Rafael Guillén, en Miguel Fernández, en Ríos Ruiz, en Ángel García López, en Soto Vergés, en Tundidor, en Gamoneda, en Diego Jesús Jiménez, etc., estaban ya los logros que luego los *novísimos* trataron de vender como novedad.

La colección *Ánade* se abrió desde Granada a esas otras realidades, que entonces no contaban con grandes aquiescencias, pero que el tiempo ha venido a corroborar, y que ahora con mayor perspectiva, se aprecia no fue elección muy descabellada. Por eso resultó tan determinante que el número siguiente, la quinta entrega, fuera un libro mágico y simbólico como *Las flores de Paracelso*, de Miguel Fernández, que prestigiaba la serie, e incorporaba al primero de los autores reconocido con el Premio Nacional de Literatura. Un libro que sin dejar de ser homenaje a la *Botánica oculta*, servía para mostrar una de las poéticas más atrevidas y singulares

del panorama lírico de la época. Esa proximidad, ese padrinazgo indirecto nos reconfortaba y tratamos de que no faltara la presencia de estas voces en nuestro catálogo. Pero la colección quería servir de cauce para nuevos autores, fundamentalmente andaluces y particularmente granadinos. Por ello siguieron títulos como *Elemental presencia de la flor*, de Francisco Contreras, autor casi secreto pero de un interés más que notable por su poética comprometida con los desheredados, por su sentido ético de la entrega, por su misticismo; o la antología de Pablo Luis Ávila, *El cazador de islas*, que prologaba Giuseppe di Stefano y que suponía la recuperación de otro granadino, pintor y profesor en Italia, que se había dado a conocer en la colección *Veleta al Sur*. También nuestro ilustre y querido Antonio Enrique se incorporó a la nómina de autores en 1980, con su segundo libro *Retablo de luna*, nuevo ejemplo de su poética desbordante que él mismo había definido como *fantasismo*.

La colección avanzaba y se hacía preciso buscar un local para ubicar los fondos, las mesas de montaje y la infraestructura necesaria para los envíos a librerías y suscriptores. Fue así como decidimos alquilar un bajo en el número 17 de la calle Zegrí Moreno del castizo barrio de La Chana. La proximidad con Maracena nos facilitaba la relación con la imprenta. Allí, en aquel humilde pisito lleno de humedades que concertamos por un precio razonable fuimos a establecernos, no sin antes adecentar convenientemente todas las habitaciones y pintar las paredes de blanco, labor a la que nos entregamos los responsables con la ayuda de algunos amigos. Poblamos las paredes de estanterías, colgamos cuadros en algunos despachos y nos hicimos con el mobiliario

imprescindible. La poesía quedaba instalada así en el corazón de uno de los barrios más genuinos y populares de la ciudad. Un barrio obrero con bares inolvidables en los que nos dábamos cita al terminar las jornadas de trabajo. Un barrio alegre, lleno de pequeños comercios y dotado de una vida propia, como independiente de la que se respiraba en el centro de la ciudad. Allí, en aquel extrarradio seguimos nuestra labor, amenizada por las canciones de las vecinas que tendían su colada mientras repasaban los éxitos del momento. Recuerdo cómo en más de una ocasión componíamos páginas memorables de grandes autores con los ritmos de fondo de los Pecos o de algún flamenco de moda. Éramos felices con aquella independencia y con aquella ilusión por llevar adelante un proyecto, arropados por la cordialidad de los vecinos que no acertaban a descifrar el sentido último de nuestro trabajo, ni aquel trasiego de cajas de libros y de poetas pintorescos.

Sólo en una cuestión estábamos limitados y era en la elaboración de las galeradas, puesto que seguíamos encargándolas fuera. Como queríamos controlar todo el proceso un día nos propusimos adquirir una máquina como las que se utilizaban en las imprentas para pasar nosotros mismos los textos y evitarnos así tanto la factura como los muchos inconvenientes que demoraban la salida de los libros. Fue por ello por lo que decidimos buscar la nuestra. Ángel Moyano y yo salimos de madrugada, a eso de las cinco y media, con el propósito firme de regresar con una *Composer Electrónica*, el modelo de IBM que se ajustaba a nuestros intereses y que estábamos decididos a conseguir como fuera. Llegamos a Sevilla, en donde estaba la sede de la multinacional, pero el

precio de un modelo nuevo resultaba totalmente prohibitivo para nosotros, puesto que rondaba el millón de pesetas. Allí mismo nos indicaron varias direcciones de imprentas en donde podríamos adquirir una de esas preciadas máquinas, aunque de segunda mano, siempre que consiguiéramos convencer a sus dueños para que nos la vendieran por una cantidad razonable. La vuelta fue enorme. Tras varios intentos frustrados llegamos a La Línea, en donde estuvimos a punto de cerrar la operación y llevarnos el preciado modelo, que debíamos reparar, porque al tratarse de sistemas electromecánicos se averiaban con más frecuencia de la deseable. De todos modos no lo conseguimos. El dueño no quería desprenderse de ella, porque le tenía cariño. Allí estaba el objeto de nuestro deseo, la máquina estropeada, pero ni aún así nos la vendió. Desmoralizados regresamos de noche por la carretera de la costa de Málaga tratando de conformarnos ante la adversidad.

La fortuna, no obstante, nos sonrió semanas más tarde cuando pudimos adquirir la célebre *Composer* a un profesor de la Facultad de Medicina de Granada, que nos la ofertó por unas trescientas mil pesetas. Nuestra dicha era indescriptible. A veces se olvida esta trastienda que explica el enorme esfuerzo por sacar adelante una empresa poética como la nuestra, en la que hasta los muchos desvelos y las infinitas horas de trabajo, dejándonos los ojos en las mesas parpadeantes, tienen su lado lírico, o mejor, épico. Pero fue gracias a esta ilusión desmesurada como pudimos afrontar nuevos retos: editar libros como *Una inefable presencia* de Manuel Ríos Ruiz, nuestro segundo Premio Nacional de Literatura, o publicar nada menos que la *Obra poética completa* de

Ricardo Molina, en dos volúmenes, al frente de la cual figuraba un prólogo de Dámaso Alonso, escrito para la ocasión. Recuperar a una de las voces mayores de *Cántico* fue para nosotros una de las mejores recompensas.

Resulta imposible demorarse en los pormenores de una trayectoria editorial tan dilatada en el tiempo y tan marcada por títulos que hoy forman parte de nuestra Literatura más reciente, pero no puedo dejar de referir otros logros de los que nos sentimos verdaderamente orgullosos, como fueron la incorporación de autores malagueños como Cabra de Luna, Pérez Estrada, Ruiz Noguera, o del añorado Enrique Molina Campos; o la de los sevillanos Pedro Rodríguez Pacheco, Andrés Mirón o Moreno Jurado. Y qué decir de la edición por vez primera de la poesía completa de Rafael Guillén, de Enrique Morón, de Juan J. León o de Fernando de Villena, miembros todos de esta insigne Academia. Tampoco puedo dejar de mencionar el rescate de escritores granadinos como Sebastián Urbano o José López Rubio. Todos estos esfuerzos quizá no han trascendido como se merecen. La prensa local prestó poca atención a esta vocación por aportar algo más a la cultura autóctona. Muchas de nuestras publicaciones no merecieron ni una simple reseña. Sin embargo a nosotros no nos arredró esta ingratitud, puesto que nuestros verdaderos destinatarios fueron los lectores granadinos y andaluces y no los desorientados responsables de la cultura empeñados en silenciar este sueño, esta aventura, esta entrega desinteresada... Por eso hoy he querido desde aquí rendir este humilde homenaje a todos estos creadores, a sus obras y a su lección que prevalece por encima de las envidias provincianas y de las pequeñas miserias que se llevará el tiempo en su tránsito irreversible.

JOSÉ LUPIÁÑEZ BARRIONUEVO
(La Línea, Cádiz, 1955)

OBRA POÉTICA

Ladrón de fuego. Colec. SILENE, nº 1. Universidad de Granada, 1975

– Idem (2ª edic.) Colec. CUADERNOS DEL CABALLO VERDE, nº 6. Universidad de Xalapa, Veracruz. México, 1975.

– Idem (3ª edic.). Colec. ÁNADE, nº 7. Antonio Ubago, Editor. Granada, 1979.

Río solar. Colec. ÁNADE, nº 4. Antonio Ubago, Editor. Granada, 1978.

El jardín de ópalo. Colec. ALCALÁ/POESÍA, nº 3. Ediciones Edascal. Madrid, 1979.

Amante de gacela. Colec. ZUMAYA, nº 7. Universidad de Granada, 1980.

Música de esferas. Colec. GENIL, nº 12. Diputación Provincial de Granada, 1982.

Arcanos. Diputación Provincial de Córdoba, 1984.

Laurel de la costumbre. *Antología poética 1975-1988*. Colec. ÁNADE, nº 26. Ediciones Antonio Ubago, S. L. Granada, 1988.

Número de Venus. Colec. CAMPO DE PLATA, nº 9. Ediciones Antonio Ubago, S.L. Granada, 1996. (Prólogo de Pedro Rodríguez Pacheco)

Égloga de la Estación Segunda: El Verano, en *Églogas de Tiena*. Colec. ÁNADE, nº 44. Ediciones Antonio Ubago, S.L. Granada, 1996. (Prólogo de Antonio Enrique)

La luna hiena. Colec. PROVINCIA, nº CIX, Instituto Leonés de Cultura. Diputación Provincial de León, 1997.

Puerto escondido. Colec. IBN GABIROL, nº 5. Centro Cultural Generación del 27. Diputación Provincial de Málaga, 1998.

La verde senda (Cuaderno de la India). Colec. FENICE / POESÍA, nº 64. Huerga y Fierro Editores, Centro Cultural Generación del 27. Madrid, 1999.

El sueño de Estambul. Colec. GRANADA LITERARIA, nº 4, Ayuntamiento de Granada, 2004. (Prólogo de Antonio Enrique).

Petra (La ciudad rosa), Port Royal Ediciones, Granada, 2004. (Prólogo de José de Miguel).

ANTOLOGÍAS

Belén de versos, Colec. LOS CUADERNOS DE SANDUA, nº 25, Cajasur, Córdoba, 1997.

Libro de las ciudades, Colec. LOS CUADERNOS DE SANDUA, nº 35, Cajasur, Córdoba, 1998.

Solo de Hierro, Colec. LOS CUADERNOS DE SANDUA, nº 50, Cajasur, Córdoba, 2000.

Antología poética. Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, Colec. NUEVA BIBLIOTECA DIDÁCTICA, nº 12, Editorial Anaya, Madrid, 2001.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON ANTONIO ENRIQUE

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores.

LA vida a veces hace diana en la plena luz del corazón. Nunca pudiera haberme imaginado que aquel muchacho, que me abordó hace ahora treinta años, fuese a quien hubiera de saludar con ocasión de su recepción pública en esta Academia. Nunca pude imaginar que el futuro nos deparara compartir un mismo designio, pero mucho menos aún que me cupiese en suerte esta honorable distinción que me llena de sano orgullo y, por qué no decirlo, de una cierta congoja. Pues aquel muchacho que traía un libro inédito en la mano, y que me había seguido desde la Biblioteca, es quien hoy está aquí con nosotros, en su plena madurez de escritor, tras haber legado ya una obra relevante. Y la congoja nace a flor de nostalgia, cuando evoco ahora tanta juventud oferente, y tantos días convividos en torno a los libros y a orillas del río de la vida, y tantas gentes que acogimos y nos acogieron. José Lupiáñez es el poeta más brillante de mi generación; así lo siento, así lo he dicho y escrito, más convencido a cada nuevo libro suyo. Pero es más, y lo saben sus amigos, y lo intuyen quienes han compartido su trato. Es un hombre recto, intelectual y humanamente ecuánime. Y es, sobre todo, un hombre generoso. Acaba de mostrarlo ahora. Pudiendo elegir un tema brillante, escoge el tono menor de quienes se crecen en el servicio ajeno. Pues, ¿cómo no sucumbir aquellas tardes a la fascinación de los paseos? Pero el poeta a quien hoy tenemos

presente sacrificó tardes enteras, noches y más noches, en la edición de los libros de los demás. La mitad de su vida literaria ha sido esto, hacer posibles los sueños de los demás. Y la otra mitad construir un mundo de sensaciones para el disfrute de quienes se acercan a su obra. Esta generosidad es la que le ha llevado esta tarde a recordar a quienes vieron sus obras impresas en aquellas dos empresas editoriales, *Silene* y *Ánade*, pero también a quienes ya no están entre nosotros.

Aquel libro inédito, que el joven portaba en la mano aquella tarde de últimos de primavera de 1975, llevaba por título *A favor del olvido* y pasaría a ser *Ladrón de fuego*. Tan sólo unos meses le habían bastado para traducir el concepto en imagen, y la imagen en música. Pero en el Sur, que él rescataba desde su infancia en la bahía gaditana, con aquellos prodigios que un otro día me mostró y evocó, en *Puerto escondido*, el noveno de sus libros y el nombre de la calle donde de niño viviese en el Puerto de Santa María, este trayecto que comienza en una pulsión adivinatoria y termina en acorde de símbolos es la más pura tradición de todas las épocas. *Ladrón de fuego* nos enseñaba a rescatar de este olvido la propia fragilidad de la belleza, como quien infringe una frontera prohibida: la de los sueños que nos devuelven, paradójicamente, la realidad; la de la realidad, que ha de ser trascendida para que los sueños, precisamente, no nos adormezcan. Años después, sería saludado, por Fernando de Villena, quien luego se nos unió, o nos unimos ambos dos a él, como el libro que inauguraba aquella nueva época poética en Granada que arranca con la instauración de las libertades. *Ladrón*, en este contexto de fabulaciones nos lleva a Prometeo, el primate devorador del fuego. Y el propio *fuego* a la estirpe solar de nues-

tro poeta, pues en todos sus libros existe una reverberación luminosa, una radiosidad diáfana que le confieren su atmósfera de puro y desvelado resplandor.

Este fuego constituye la intuición de su más alta verdad poética. Pues al cabo de tantos libros, y de preguntarme qué secreto imán me hacía trascender mi estado de ánimo, creo estar en disposición de decir, tras tantos años, y decir aquí, que lo que sostiene en alto esta obra poética es el éxtasis, su búsqueda y encuentro. Un éxtasis sensitivo, si se me permite la expresión, *hecho con mente fría*. Un éxtasis sensorial de luz y formas, de aromas, de músicas ocultas, de colores cambiantes y envolventes, una marea alzada de símbolos y visiones: éxtasis de graduaciones precisas y sensaciones exactas. Un éxtasis hecho de mente fría porque, en su universo, el absoluto se halla identificado con la serenidad y su belleza es la de su exactitud verbal y precisión dinámica. Esto sin embargo, el poeta sobrepone a los efectos de la estricta geometría verbal su aliento humano. El hálito humano que trasciende a su obra es, en José Lupiáñez, de melancolía cierta, de inquietud inesperada, de decepción creciente. De manera que el gozo de los sentidos, la celebración de la palabra en todas sus galas, se funde a esto otro del palpito de la desazón, del crujido de todo cuanto se refiere a la carnalidad del mundo externo.

En este diapasón de la armonía que es la obra de José Lupiáñez, cada uno de sus doce libros hasta la fecha es un acorde en la gran sinfonía que nos lleva al éxtasis sensitivo del último de sus libros: *Petra, la ciudad rosa*. Cuántas veces, en medio de los afanes cotidianos, le he visto soñar despierto, con ese aire de melancolía que le es propio. Aquí es el

triunfo de los sueños; los sueños como ambición, no como derrota, los sueños como testimonio de esa otra dimensionalidad que nos hace más humanos, más comprensivos y piadosos. Pues en el poeta ha de haber piedad no sólo para con sus semejantes, sino también para con las cosas. Hablamos de sentido mágico de la vida; hablamos de misterio. El éxtasis sensitivo es codicia por sentir, por vivir los anhelos inasibles, y esto nos hace más humanos, porque sabemos que la pasión es, sobre todo lo demás, pasión inútil.

La idea del éxtasis, su apetencia, estaba viva desde el fuego de su primer libro, fuego inaugural que se hace explícito en libros como *Río solar* (1978), *El jardín de ópalo* (1979), o *Puerto escondido* (1998), o bien se subsume en el fuego helado, la luz sombría de *Amante de gacela* (1980), *Música de esferas* (1982) o *La luna hiena* (1997), aunque sus libros más irradiantes supongan una fusión de ambos procesos: *Arcanos* (1984), *Número de Venus* (1996), *La verde senda* (1999) y el más reciente *El sueño de Estambul* (2004).

Hemos estado juntos en todas partes, hemos publicado casi en los mismos lugares, hemos viajado casi a los mismos sitios, hemos compartido iguales amigos, amigas y maestros, y hemos hablado, sobre todo hemos pasado nuestra vida conversando de los mismos poemas, de los mismos seres y ensoñaciones. Amamos la vida porque sabemos ambos que la palabra, el arte de la palabra, la justifica, y a veces hasta la compensa. Por eso yo, que tantas cosas he aprendido de ti, he visto por tus ojos y sentido por tu corazón de persona cabal, noble y desprendida, siento hoy y aquí, entre nuestros amigos y amigas de siempre, un hondo estremecimiento que se

parece mucho al vértigo que tu obra toda humildemente me ha inspirado. *Corre mastín*, dijiste un día en el libro *Número de Venus*. Estuve allí cuando lo escribiste en aquella playa, al atardecer, y fui testigo de cómo tus ojos cobraban la sabiduría de la espuma que evocabas, una espuma de felicidad que la melancolía no conseguía extinguir, pues era eso tu vida entera, una lucha contra la tristeza existencial mediante esa otra espada, flamígera ésta, del gozo extático. Corre mastín, que quiero que la espuma / se funda con la nieve de tus ojos; / corre mastín y esquivo los despojos / de la orilla más triste, salta puma / salta como los corzos, brinca y suma / venturas y desdén; convierte enojos / en brío para el triunfo; nunca abrojos / desdigan la pasión que hoy te consume. / Decide que el futuro no te hiera, / desdeña los regalos de la brisa, / arda hacia adentro la mejor carrera; / arda la risa esquivo, arda la prisa / por vivir esa vida que te espera / y ese halago mejor con que te avisa. Bienvenido, José Lupiáñez, a esta tu otra casa.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 12 de diciembre del año 2004,
CCCLIII aniversario del nacimiento
de Sor Juana Inés de la Cruz,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
la Ilma. Sra. D^a Julia Olivares,
Bibliotecaria de la Academia.

Granada,
MMIV